

INCIDENTE EN CHERNÓBIL

antonio bueno trujillo



Capítulo 1

INCIDENTE EN CHERNÓBIL

Lo que voy a contar a continuación, os parecerá extraño, inaudito, y muy difícil de creer. Pero yo juro por mi hijo, que todo es verdad, y ocurrió tal como lo voy a contar. Yo fui testigo directo de aquello. Cada vez que pienso en ello se me eriza el vello, y me invade una sensación de desasosiego tremenda. Es una experiencia que no se la desearía ni a mi peor enemigo.

Siempre me ha gustado viajar, y un buen día, mi amigo Antonio me llamó por teléfono. Por la voz me di cuenta de que estaba entusiasmado con algo. No tardó mucho en ir al grano de la cuestión. Me llamaba para decirme que había preparado otro viaje.

Que iba a ser una pasada, que iba a alucinar. Le dije que se dejara de rodeos y me dijese a dónde íbamos a ir esta vez. Empezó a contarme que iba a ser muy interesante, que había preparado un viaje a Ucrania. Íbamos a visitar la central nuclear Vladimir Llich Lenin, o central nuclear de Chernóbil, a ciento treinta kilómetros de Kiev. En la ciudad de Prípiat, a quince kilómetros de Chernóbil. Cerca de la frontera con Bielorrusia.

Me quedé un poco perplejo. Sabía bastante del tema por las noticias de la época, y últimamente sobre todo por una serie de cinco capítulos que me había descargado de internet. Por lo visto estaba de moda hacer excursiones para visitar la central nuclear.

Yo tenía mis dudas, ya que no sabía hasta qué punto era peligroso. Qué niveles de radiación habían aun en la zona.

Mi amigo, como siempre, lo llevaba muy bien organizado todo. Teníamos hotel en Kiev. El Ibis Kiev City Center. Un hotel de tres estrellas a muy buen precio, cerca del jardín botánico Alexander Fomin. El primer día sería para estar tranquilos en la ciudad y relajarnos. La excursión de Chernóbil y la ciudad fantasma de Prípiat, la traíamos ya reservada desde España. Al día siguiente por la mañana temprano saldríamos hacia Chernóbil. Desde aquí, iríamos en autocar hasta la zona de exclusión en Chernóbil. Nos esperaban dos horas de viaje.

Cuando llegamos al hotel, vimos un grupo de españoles, que por lo que pudimos oír, se habían apuntado a la misma excursión para la mañana siguiente. Mientras hacía el check-in, había un japonés a mi lado quejándose a la recepcionista sobre la limpieza de su habitación. Me llamó la atención que el tipo llevaba una mascarilla de papel y guantes de nitrilo. A la vez llevaba una mini cámara digital colgada del cuello. Me hizo gracia el detalle y le hice señas a mi amigo para que mirara. Nos reímos

un poco de la situación. En el hall del hotel había un grupo de japoneses armados con cámaras digitales. Llevaban ya un par de días en Kiev, y se estaban apuntando a la misma excursión.

Detrás nuestra esperando habitación, había un matrimonio español muy simpático. Ella era una rubia alta y bastante guapa, y el marido iba en silla de ruedas.

Nos miramos extrañados pensando que como iba este hombre a hacer aquella excursión.

Entablamos conversación mientras permanecíamos en cola, y por lo visto se había partido un tobillo justo dos días antes de salir de viaje. Ya tenían todo preparado y no querían perder lo que habían pagado por la reserva. Nos dieron nuestra habitación y nos fuimos para arriba a soltar las maletas y darnos una ducha.

A la mañana siguiente nos levantamos a las seis de la mañana, y a las siete había que estar ya en el hall del hotel. Bajamos con la ropa apropiada. Por el tema de la radiación, aconsejaban manga larga, pantalón largo y calcetines. Nos contaron que la radiación no se quedaba en la ropa. Nada más bajar nos encontramos con el de la silla de ruedas y su mujer. Nosotros nos miramos como diciendo a donde va esta mujer así.

Llevaba unos tacones de doce centímetros. Se veía que era muy presumida y le gustaba vestir bien, pero no era sitio para eso. Unos vaqueros muy pegados, y camisa de mangas largas. Mientras conversábamos sobre el viaje, vimos como el grupo de japoneses salía del ascensor. Con ellos iba el de la mascarilla y guantes, que por supuesto los llevaba puestos. También llevaba una gorrilla, y unas gafas de sol enormes. El tío saludaba a todo el mundo con una ligera inclinación de cabeza, diciendo konichigua.

En el grupo de japoneses había uno que parecía un luchador de sumo. Era enorme. Otro matrimonio español, viajaba con dos chicos adolescentes bastantes espabilados. En total seríamos quince personas. En ese momento llegaba la guía. Una rusa guapísima que hablaba perfectamente inglés y español. Rápidamente organizo todo y en seguida estábamos todos en el autocar y camino de Pripiat. Primero visitaríamos la ciudad fantasma, y luego la central nuclear.

El viaje hasta Pripiat pasó sin incidencias. Antes de llegar a la ciudad, hay que pasar un control para turistas. Se necesita el pasaporte para pasar a la zona de exclusión, a treinta kilómetros de la central. También llamada la zona cero. Allí ya podíamos ver soldados ucranianos. A diez kilómetros

de la zona de exclusión tuvimos que pasar otro control.

La visita a Pripiat fue muy interesante. Esta ciudad fue construida para los trabajadores de la central. La ciudad te ponía los pelos de punta. Había un parque de atracciones con noria, que se llamaba Luna Park. Este era uno de los sitios con más radiación. Estadio de fútbol, guarderías, espeluznante todo. Muy curioso fue ver, como la guía sacaba un contador geiger, e iba analizando a cada uno de nosotros antes de volver al bus para seguir camino a la central. Ya nos había advertido de que no tocásemos nada. A mí me preocupaba la radiación. Le pregunté a Tatiana, nuestra guía, y me dijo que la radiación que recibiríamos en un día, equivalía a la mitad de una radiografía. Que lo peligroso era estar sometido mucho tiempo a esos niveles de radiación. De todas formas había otros sitios donde no nos llevarían, donde los niveles si eran más altos.

Estando allí, nos dieron un tiempo para patear un poco la ciudad fantasma, siempre y cuando no entrásemos en ningún edificio, ya que era peligroso debido a su estado de abandono, y que la radiación sigue corroyendo todo. Nosotros dos fuimos a curiosear por la zona del parque de atracciones. Además de la noria, había una atracción de coches de choque. El estado de abandono era tal, que habían crecido árboles por allí en medio. Estaba todo lleno de matojos, signo de que llevaba más de treinta años abandonado. Era muy curioso. Mi amigo Antonio Cantos, como de costumbre, se quiso hacer una foto dentro de uno de los coches. Le recordé que procurase no tocar nada. En ese momento llegaron José, el de la silla de ruedas y su mujer. La situación era un poco cómica, porque entre que tenía que andar por allí con la silla de ruedas y los tacones.

Pensábamos que iba a acabar rendida. En ese momento, ella dio un grito y señaló la onza de la noria. Decía que había visto a alguien por allí que se había movido con rapidez. No pudo verlo bien, pero que era muy extraño, no era un turista. El guía ya nos había explicado que había gente que se movía por la zona de exclusión, sobre todo gente que no tenía donde vivir. Gente sin casa y mendigos. A pesar de las advertencias del peligro. De repente, vimos algo moverse entre los amasijos de hierro. Esta vez pudimos verlo todos. No pudimos captar muchos detalles ya que se movía con rapidez. Era muy extraño. Pude ver su cabeza casi sin pelos, y de un color rojizo. Me pareció un rostro quemado por la radiación, pero tampoco podía asegurarlo porque pasó muy rápido.

Prácticamente todos pudimos verlo. José, el de la silla de ruedas quería acercarse más.

Yo le dije que se dejara de tonterías y que nosotros nos volvíamos donde la guía para contárselo. Decidimos todos en ese momento volver por nuestros pasos. Por el camino nos encontramos al luchador de sumo como le decía mi amigo Antonio con sorna y al japonés escrupuloso de la

maskarilla. Aquel tipo caminaba sin querer toparse con nadie, ni tocar nada por supuesto. Nos miramos y seguimos adelante pensando, qué hacía aquél tipo allí.

Cuando vimos a la guía, le contamos todo. Dijo que bueno, que mejor así. Es gente que no tiene nada que perder, y mejor evitarla, pero que de todas formas era raro que estuviesen tan cerca de la zona. La visita a la ciudad abandonada paso sin más incidentes. Disfrutamos de la visita, aunque nos pareció una experiencia impresionante.

Luego de Pripiat a Chernóbil, teníamos solo tres kilómetros de recorrido.

Conforme íbamos llegando a la central nuclear, íbamos notando algo extraño. La vista era espeluznante. Podías sentir una soledad absoluta. No sabría cómo explicarlo, pero la sensación de desasosiego era tremenda. La guía volvió a sacar el contador geiger. Nos volvió a recordar que no debíamos tocar ni el suelo, ni plantas, hierros etc. Nada más bajar del bus, notamos el aire enrarecido. Tatiana, estuvo midiendo los niveles de radiación fuera del bus. Luego hizo una señal al conductor para que parara el motor y abriese las puertas. Por la parte central bajó la rampa de minusválido para José.

Ayudamos a la mujer a bajarlo, y luego ella ya se hizo cargo de él.

Nosotros nos quedamos mirando el sarcófago que habían puesto para sellar el reactor cuatro, el que fue víctima del accidente, y echamos unas fotos. En seguida ya teníamos el grupo de japoneses por delante disparando sus cámaras. El que parecía un luchador de sumo, se puso delante de nosotros y, tuvimos que irnos un poco más allá.

Era una mole. Te tapaba hasta el sol. La guía empezó de nuevo a contarnos curiosidades sobre la central. Ya por el camino nos había estado amenizando el viaje contando las cosas sobre el accidente. Muchos datos ya nos sonaban mucho por la miniserie.

Antes de empezar la visita nos llevó la guía a un restaurante muy cercano tipo buffet para comer tranquilamente. No quisimos hacer una comida muy copiosa. Vimos como el luchador de sumo se ponía morado a comer, y su colega el escrupuloso apenas comió de nada. Nos sentamos con José y su mujer y charlamos un rato sobre la visita a Pripiat, y lo que habíamos visto. Después de comer empezamos la visita. Todo el mundo cámara en mano nos fuimos acercando a las instalaciones. Tatiana volvió a recordar que no nos podíamos llevar nada de recuerdo de allí. Ni una piedrecita ni nada, que por favor tuviésemos cuidado con esto. Ya podíamos ver por el lugar un par de militares armados con kalashnikov. Nos volvieron a pedir los pasaportes. Pero fue rápido. La guía ya tuvo que llamarle la atención a los dos chicos que venían con nosotros. No paraban de un lado a otro curioseando. Más adelante había otros dos litares. Eran muy jóvenes.

Tatiana empezó a hablarnos de sarcófago. Nos contó, que la denominación oficial era "Ukrytiye", cuya traducción podía significar "resguardo" o "refugio" a diferencia de "Sarcófago" como se conoce habitualmente. Nos contó, que dentro de dicha estructura había enterradas doscientas toneladas de corium irradiado, treinta toneladas de polvo radiactivo y dieciséis toneladas de uranio y plutonio. Este sarcófago se inauguró en dos mil dieciséis, ya que el otro estaba ya muy deteriorado.

Este nuevo durará unos cien años, luego tendrán que reemplazarlo.

La guía ya tuvo que llamar la atención a los dos jóvenes otra vez. Se habían adelantado demasiado y ya se iban a meter en zona prohibida. Nosotros habíamos cogido algo de confianza con ellos. Bromeamos por el camino en el bus. Así que se fueron pegando a nosotros.

Al poco tiempo de la visita uno de los chicos vino diciendo que había visto algo raro. Que algo se había movido entre los escombros. El padre le recriminó que hubiese ido solo a ver nada y que no inventara historias. El chico vino hacia nosotros y nos contó que le había parecido haber visto a alguien que se metía dentro del complejo.

Seguimos con la visita. Nosotros empezamos a preocuparnos porque era parecido a lo que habíamos visto en la ciudad fantasma. Así se lo hicimos saber al chico.

Después de un buen rato, la guía nos dio un poco de tiempo libre para que nos moviésemos por allí. Entonces el chico nos dijo de ir por aquel sitio e indagar un poco.

Le dijimos que sí, pero que no íbamos a hacer nada que estuviese prohibido. José y su mujer quisieron apuntarse, y el luchador de sumo y tres japoneses más se unieron al grupo. Habían cogido confianza con los chicos. Uno de los japoneses era el escrupuloso y raro. Seguimos a los chicos. Poco a poco nos íbamos alejando más. Uno de ellos abrió una cancela y ya había pasado dentro. Dijo que había visto a aquello moviéndose por allí. Llame la atención al chico. Si nos veía uno de los militares se iba a liar. No hizo ni caso. Tuvimos que quitar unos hierros para que José pasara con su silla. En ese momento el luchador de sumo se ofreció a llevarlo y liberar un poco a la mujer.

Nada más pasar todos, se oyó un ruido metálico. Algo se movía por allí. Nos quedamos todos quietos. Estaba todo en silencio, cuando mi contador geiger, empezó a sonar con su crujido característico. Lo miré, y marcaba cero coma cincuenta milisievert.

Se lo dije a Antonio. Nos miramos los dos, y se lo comentamos a los demás. Todos los contadores marcaban lo mismo. Estaba claro que nos

estábamos metiendo en zona peligrosa.

Dijimos que era hora de dar marcha atrás. Pero en ese momento la mujer de José dijo que uno de los chicos había desaparecido por una de las puertas abiertas que teníamos frente a nosotros. Antonio me miró y comentó que sabía que aquel chico nos iba a dar problemas. El japonés grandote se ofreció a ir a buscarlo. Los otros dos japoneses le siguieron. Los demás nos quedamos fuera esperando con impaciencia. El tiempo pasaba y no volvían. De repente, se oyó un grito que nos heló la sangre. Se me erizo el vello de los brazos. Ya empezaba a oscurecer y el tiempo que nos había dado la guía se estaba agotando y había que volver. Este chico nos va a complicar el viaje le comenté a Antonio. Decidimos entrar. José y su mujer, Sara, no quisieron quedarse solos allí y vinieron detrás. Ella se manejaba como podía con la silla de ruedas. El japonés de la mascarilla, dijo que no pasaba por allí. Nada más entrar, había un pasillo muy largo, y al final de este, vimos la luz de una linterna. Yo llevaba un par de linternas de propaganda pequeñas, y le di una a mi compañero. Había muchísima humedad y corrosión allí. La luz del sol se estaba yendo ya, y conforme nos adentrásemos más, iría a menos. Gritamos para llamar la atención de los chicos, pero no hubo respuesta. Hacía frío, y el olor era extraño. La sensación que tenía al estar allí dentro, no la puedo describir. Nos invadía una sensación de desasosiego tremenda. Aquel lugar denotaba una soledad implacable.

Llegamos al final del pasillo. Primero iba mi amigo y yo lo seguía de cerca.

Detrás nuestra venía la mujer de José empujando su silla. Pero cuando doblamos la esquina, pudimos oír un extraño ruido. Parecía el ruido de una mandíbula masticando algo. En ese momento alumbramos con las linternas, y nos quedamos petrificados.

Sentado, pegado a la pared, estaba uno de los japoneses. Estaba muerto y junto a él había un perro devorándole las entrañas. Pero no era un perro normal. Aquel animal apenas tenía piel. Tenía jirones de carne sanguinolentos. Al alumbrarle los ojos, pudimos ver aquel aspecto tan horrible. En ese momento José preguntó en voz alta si pasaba algo. El can entonces miró en nuestra dirección. Acto seguido nos enseñó los colmillos. Los ojos los tenía inyectados en sangre y de los colmillos colgaban trozos de tripa de su víctima. En ese momento empezó a gruñir. Le hice señal a la mujer de José para que se quedaran atrás. La situación era complicada. Si teníamos que correr, teníamos a aquel hombre en silla de ruedas y su mujer, detrás de nosotros.

El tiempo se paró. Aquel can horrible parecía haber sufrido una horrible mutación. En ese momento, de su boca salía una lengua bífida muy oscura. Se agitaba como una serpiente. Empezamos a retroceder despacio. Me di cuenta en ese momento que la silla de ruedas no tenía

espacio en aquel pasillo para dar la vuelta, que tendrían que ir marcha atrás. ¡Dios mío, vaya complicación! Aquel horrible perro, empezó a acercarse a nosotros. Tenía una pata destrozada, así que no se movía con rapidez. Pero como teníamos el pasillo taponado por la silla de ruedas, la huida iba a ser hartoo complicada.

Mientras Antonio vigilaba al can, yo le dije a Sara que me hacía cargo de su marido y que fuese saliendo lo más rápido que pudiese. Me miró con cara de sorpresa, y yo le dije que había que salir rápido de allí sin darle más explicaciones. Pienso que por mi cara adivinó que algo no andaba bien. Me hizo caso y se dispuso a salir. No podía correr mucho con esos tacones que se había puesto ese día. Antonio empezó a meternos prisa, porque el perro cada vez se acercaba más y gruñía con más fuerza. Yo tenía que ir andando hacia atrás tirando de la silla de ruedas, y Antonio iba andando para atrás alumbrando en todo momento al perro a ver si le atacaba o no. Había encontrado un palo largo pero no demasiado gordo como para usarlo como arma, pero de momento era lo que había. Sabíamos que no se podía tocar nada del suelo, pero la situación requería defenderse con algo. De repente, aquella mutación horrible, decidió atacarnos. Antonio solo acertó a decir ¡joder que cabrón! Sentí un miedo terrible. Se me erizó el vello.

Aquella situación era estresante. A Sara le estaba dando un ataque de ansiedad mientras seguía caminando. Vi como mi amigo apuntaba al perro con el palo y este dio un salto para abalanzarse sobre él. Pero justo en ese momento apareció uno de los chicos con una barra de hierro en la mano asestando un golpe certero al can en toda la cabezota.

Cayó fulminado dando un estridente alarido.

Marcos, no había conseguido encontrar a su hermano, y el luchador de sumo y el otro japonés tampoco aparecían. Nos contó que los otros dos japoneses habían caído, y que el grandote no tenía idea de donde estaba. Salimos del pasillo al exterior. El chico no quería dejar a su hermano allí, pero le dijimos que era mejor pedir ayuda. Daba igual que supiesen que habíamos metido las narices donde estaba prohibido, ahora era momento de pedir ayuda. Pero cuando fuimos a abrir la verja por donde habíamos pasado, estaba cerrada con cadena y candado. ¡Joder estamos perdidos! Exclamó José con desesperación. ¿Qué hacemos ahora? Preguntó su mujer. Antonio y yo, nos miramos y acordamos que había que buscar otra salida. Marcos dijo rápidamente que le había parecido ver otra puerta más allá que debería de conectar con otra parte del complejo. En ese momento Sara dijo que no entraba dentro otra vez ni loca. Su marido intentó calmarla. No teníamos otra opción, aunque se quedase en el exterior, algún otro perro mutante como aquél, o cualquier ser extraño podría atacarlos de igual forma. El japonés tampoco quería moverse de allí.

Al final todos estuvimos de acuerdo en seguir por donde Marcos decía. Había que intentar buscar otra puerta de salida. Estábamos obligados a recorrer parte del interior de aquellas instalaciones para intentar encontrar una salida. Ya no había luz en el exterior y la valla era demasiado alta para escalarla hasta para nosotros, ni tampoco íbamos a dejar allí solos a Sara y su marido en silla de ruedas. Entramos por la puerta que Marcos nos indicó. Este iba primero, detrás íbamos nosotros dos, y Sara su marido y el japonés nos seguían de cerca. Aquello estaba lleno de pasillos estrechos. Era como una instalación laberíntica. Avanzábamos despacio. El suelo estaba lleno de un polvo fino, y algunos trozos de hormigón que se habían desprendido. Íbamos andando y apartando piedras con el pie para que la silla pudiera andar. De repente, Sara dio un grito. Todos nos volvimos para atrás. Se llevaba las manos a la boca, para luego señalar a un lado. Había dos ratas destrozadas. Pero cuando iluminamos con las linternas, pudimos apreciar que no eran ratas normales. Sus cabezas eran de un tamaño considerable y sus cuerpos estaban horriblemente deformados. Al igual que el perro que vimos con anterioridad. Aquello nos volvió a aterrorizar a todos. Estaba claro que el efecto de la radiación, había hecho mella en todos los seres que andaban por allí.

Seguimos hacia adelante, y rápidamente encontramos el cuerpo de otro de los japoneses. Este había corrido la misma suerte. De Fran, el hermano de Marcos no había pista ninguna. Visto lo que estaba sucediendo con los japoneses, pocas esperanzas teníamos de encontrarlo con vida, pero su hermano no se daba por vencido. Además comentó que sabía cuidarse y que era bastante ingenioso.

Mientras pasábamos de largo, pudimos oír un ruido extraño que provenía de una de las puertas que había a nuestra derecha. Marcos hizo ademán de abrir, pero le recriminamos la acción. Le dijimos que no fuese tan rápido. Marcos comentó que tenía un ligero quemazón en su mano derecha, la que portaba la barra de hierro. Mi amigo Antonio comentó lo mismo. Yo sabía que era debido a la radioactividad. Al final me hice con otra barra de hierro y la blandía con fuerza. Le pasé la linterna a José para que nos alumbrase, y Marcos le pasó la suya a Sara. Entonces Marco agarró el pomo de la puerta, y a mi señal empezó a abrir con cautela. El sonido aquél empezó a oírse con más fuerza. Se nos empezaron a poner los pelos de punta otra vez, aquél sonido era muy parecido al que oímos cuando topamos con el can mutante. La habitación parecía bastante amplia, y nuestras linternas no eran lo suficientemente potentes para alumbrar hasta el final. No sabíamos si estábamos entrando en una habitación muy grande, o era gran sala. Cuando ya estábamos todos dentro, se oyó un alarido de terror terrible. Se nos heló la sangre en las venas. Aquél alarido venía del pasillo, detrás nuestra.

Marcos y yo decidimos volver sobre nuestros pasos e ir a ver. Los demás se quedaron allí. Le dije a Antonio que recorrieran la sala con cautela y buscaran un sitio seguro donde esperarnos. Nos armamos de valor y

empezamos a recorrer el pasillo en dirección contraria por donde habíamos venido antes. No sabíamos nada del japonés luchador de sumo, ni del hermano de Marcos. Quizás pudiera ser él, y podría estar en peligro y necesitar ayuda. No me gustaba la idea de separarnos, pero iríamos más rápido sin tener que depender de mover a José en su silla de ruedas. Andábamos tranquilamente cuando de repente alumbré un lado del pasillo y pude ver una rata enorme. Agitaba la cola con fuerza. Aquél animal estaba tan deformado como el perro mutante. Estaba devorando algo que no podíamos ver bien. No se había percatado de nuestra presencia. Nos acercamos muy despacio. Marcos la alumbraba, y yo estaba preparado con la barra de hierro. Cuando ya estuvimos muy cerca, tropecé con un hierro. Aquél ser al oír aquél ruido miró hacia nosotros y con un grito estridente intentó atacarme. Justo cuando intentó mordirme, le asesté un golpe en la cabeza. Dio otro grito e intentó atacar de nuevo. Le volví a dar aún más fuerte, y la dejé seca. Pero cuando vimos de cerca lo que había estado devorando, nos miramos con horror. ¡Joder, son dedos de una mano humana! ¡Dios mío qué horror! Estaba claro que aquellos monstruos mutantes se guiaban por el oído. La radiación los había dejado ciegos. En ese instante se volvió a oír el mismo alarido de terror.

Estábamos cerca ya. Nos apresuramos a llegar. Estaba claro que venía de la puerta del final del pasillo. Cuando llegamos allí, Marcos abrió con cautela, mientras yo me preparaba para lo que pudiese salir. La puerta parecía que daba a una habitación.

Podíamos oír sonidos de lucha. Cuando alumbramos la escena, quedamos horrorizados.

Allí estaba el luchador de sumo. Sentado contra la pared de enfrente. Tenía un perro mutante cogido por el cuello en su mano derecha. El perro abría sus fauces intentando morderte la cara, mientras que una rata de aquellas le mordisqueaba una pierna. Vimos que en su mano izquierda le faltaban dedos.

Antes de que pudiésemos reaccionar, de otro lado de la habitación salió un ser asqueroso. A duras penas se mantenía en pie. Su cuerpo estaba totalmente deforme. En una mano llevaba una mascarilla para protegerse de la radiación. Su aspecto era horrible. Su cara estaba casi deshecha, podíamos verle la mandíbula casi entera, apenas le quedaba rastro de carne o piel. Su rostro era casi una calavera. Venía en nuestra dirección balbuceando. Le dije a Marcos que ayudara al japonés, que mientras yo daría cuenta de aquel ser. Me acerqué con cautela y cuando lo tuve a mano, abrió sus mandíbulas y levantó los brazos para atacarme. Sin pensármelo dos veces le golpeé la cabeza destrozándosela. Cayó en seco al suelo. Aquella visión me produjo unas nauseas tremendas. Hice esfuerzos pero no pude evitar vomitar. En ese momento me preocupó aquello, ya que nos habían dicho que un exceso de radiación empezaba a producir vómitos. No sabía qué me estaba pasando en ese momento. La

palma de la mano derecha me picaba, y sentía una pequeña quemazón, sin duda debido al hierro que portaba para defenderme.

Cuando me repuse, rápidamente me fui a ayudar a Marcos. Este ya había dado cuenta de una rata deforme y del perro que el luchador de sumo tenía agarrado por el cuello intentando morderle. Aquél hombre estaba mal herido. Pudo con dos perros más, pero ya estaba extenuado. Había que sacarlo de allí. Le comenté a Marcos que había que moverse con mucha cautela. Intentar hacer el mínimo ruido posible. Era nuestra mejor baza para escapar de allí. Aquél japonés era enorme y estaba muy dolorido.

Conseguimos que se pusiese en pie y poco a poco fuimos saliendo de aquella habitación.

Conseguimos llegar a donde estaban los otros. Los encontramos sentados en unos bancos, menos el japonés de la mascarilla que no sabía dónde se iba a poner.

Comentamos a todos, lo que acabábamos de averiguar, y que procurasen hacer el mínimo ruido posible. Justo en ese momento se empezó a oír un ruido como de arrastrar algo por el suelo. Provenía del fondo de la sala. Todos permanecemos en silencio y sin movernos. Antonio le tapó la boca al luchador de sumo. Se estaba quejando de sus heridas. Cuando aquello que se arrastraba pasó cerca de nosotros, Marcos y yo alumbramos en dirección a aquello que se movía. Sara tuvo que hacer un esfuerzo por no dar un grito. En su cara se adivinaba el horror que sentía. Aquel ser era igual que el que nosotros habíamos abatido dentro de la habitación donde rescatamos al japonés grandote. Marcos hizo ademán de ir a por él, pero lo cogí del brazo le dije que no con la cabeza, que lo dejara de ir. Era mejor no hacer ruido. Pasó de largo y salió de la sala.

Acababa de confirmarnos que se guiaban por el sonido. Aprovechamos para descansar un rato allí. El luchador de sumo empeoraba por momentos. No podíamos darle atención médica allí dentro. Le habíamos liado un pañuelo alrededor de su mano izquierda de la cual le faltaban tres dedos. Nos habíamos relajado un poco antes de volver a ponernos en marcha, cuando volvimos a oír aquel sonido característico de algo arrastrándose. Todos guardábamos silencio, cuando de repente el luchador de sumo empezó a agitarse en su asiento. Todos nos apartamos de él a la vez que le enfocábamos con la linterna. ¡Joder, joder, mirar! Exclamé. Aquél individuo se estaba transformando.

Antonio lo soltaba en ese momento y se apartaba de él. Aquél individuo tenía ya una fuerza enorme sin transformarse. ¿En qué se convertiría ahora? El problema era que estaba haciendo demasiado ruido. Justo en ese momento el ser que había pasado por allí, volvía a entrar acompañado de otro perro. ¡Joder se complica todo demasiado! Miré a Marcos y no hizo falta hablar nada. El luchador de sumo se estaba transformado, pero

antes había que acabar con los otros seres que habían entrado. Los dos fuimos a por el mutante y el perro, y dimos buena cuenta de ellos. Luego pudimos ver como el japonés gigante, se transformaba.

El japonés de la mascarilla empezaba a gritar de terror. Le dije a Antonio que no dejase que hiciese tanto ruido, y me lancé a por el grandote junto con el chico. No podíamos dejar que se transformase en algo peor. Sara y su mirado miraban con expresión de terror como nos ensañábamos con el luchador de sumo. Muy a nuestro pesar, le reventamos la cabeza golpeándole con las barras de hierro. Acabamos extenuados. Soltamos un momento los hierros y nos sentamos en el suelo. Antonio mantenía al otro japonés contra la pared tapándole la boca. Sara en ese momento se acercó al cadáver con la cabeza machacada, cuando de repente de lo que quedaba de la cabeza, salió como una especie de lengua bífida intentando alcanzarla. ¡Oh mierda! Me levanté con rapidez volviendo a coger mi improvisada arma, y lo golpeé hasta la extenuación. ¿Joder, qué mierda es esto? Estábamos todos agotados. La situación era terrible. Comentamos lo que estábamos viviendo entre nosotros. Cómo aquellos seres habían mutado por culpa de la diación. ¿Quiénes podrían ser? ¿Cómo habían sufrido tal mutación? Había que salir de allí cuanto antes. Marcos indicó una puerta medio abierta por donde parecía haber entrado aquél ser, y nos pusimos en marcha. Las luces de las linternas empezaron a flojear, signo inequívoco de que las pilas empezaban a agotarse.

Salimos de aquella sala y volvimos a entrar en otro pasillo larguísimo. Marcos y yo íbamos primeros, y al final iban Sara y su marido. En el pasillo hayamos indicios de que el hermano de Marcos había estado por allí. Encontramos un perro con la cabeza machacada. Tuvimos que apartarlo para que la silla pudiese pasar. Seguíamos adelante, cuando oímos el grito aterrador de Sara. Nos volvimos apuntando con la linterna, y pudimos ver a uno de esos seres agarrándola. Como pudimos, Marcos y yo retrocedimos para ayudarla. José intentaba quitarse de en medio moviendo la silla como podía en aquél pasillo tan estrecho. Ese ser llevaba una máscara anti radiación. Acerté a la primera hundiéndole mi barra en un ojo atravesando el cristal de la máscara, consiguiendo que soltara a Sara. Marcos la apartó en ese momento, y después de un certero golpe en la cabeza, lo derribó. Sara esta aterrada. Le preguntamos si estaba bien y dijo que sí.

Seguimos nuestra marcha por el largo pasillo. Cuando estábamos terminando de recorrerlo oímos un grito estridente que venía desde detrás nuestra, seguido de un grito de terror y desesperación de José. Cuando alumbramos la escena, no podíamos creer lo que estábamos viendo. En ese momento vimos a José intentando avanzar con la silla de ruedas queriendo escapar de allí. Pudimos ver como su mujer empezaba a transformarse. ¡Mierda, la mordió, la mordió! Gritaba su marido. Queríamos llegar hasta ella, pero José con los nervios de querer huir de allí, nos cortaba el paso. Ella a su vez avanzaba detrás de José. El miraba

hacia atrás e intentaba alejarse. Su cara era de pavor. ¡Dios con estos gritos iban a aparecer todos los seres que hubiese allí dentro! No podíamos permitirlo. Cuando conseguimos llegar a ella, ya estaba punto de morder a su marido en el cuello. La lengua bífida ya le acariciaba la cabeza y José luchaba con quitársela de la cabeza. La silla volcó, y José cayó al suelo contra la pared. Tuve que saltar por encima, pero antes de que yo pudiese hacer nada, Marcos ya la había derribado de un golpe en la cabeza. Una vez en el suelo, le machacamos la cabeza entre los dos.

Qué horror, la situación que estábamos viviendo era terrible. Aquello no se lo desearía a nadie. Levantamos a José del suelo y lo sentamos en la silla para ponernos en marcha de nuevo. Teníamos que seguir adelante como fuese. Mi contador geiger ahora marcaba más radiación que antes. Aquello me preocupaba, pero no íbamos a sucumbir allí. Terminamos de recorrer aquél pasillo y tuvimos que girar a la derecha. Una vez allí había dos puertas. Teníamos que decidir por dónde tirar. No teníamos ni idea. Nos decantamos por la que estaba medio abierta. Existía la posibilidad de que Fran, el hermano de Marcos, hubiese pasado por allí también. Tuvimos que atravesar un par de salas sin más novedad que un par de seres de aquellos tirados en el suelo con la cabeza machacada.

Oímos un alarido de terror. Cuando entramos en la habitación pudimos ver como dos seres de aquellos destripaban un cuerpo. Marcos se acercó con rapidez para luego descubrir que era un militar ucraniano. Eso significaba que nos estaban buscando.

En ese momento tres seres más de aquellos y dos perros aparecieron por otra puerta.

Estábamos muy agotados. Esta situación nos superaba ya. ¡Estamos perdidos, no nos con tanto! Exclamó mi amigo Antonio. Uno de ellos ya se echaba encima de José.

De repente, oímos sollozar a Marcos. Gritaba, "no, no Fran, no " Uno de aquellos seres que ahora nos atacaban, era su hermano. Aún no había terminado de mutar. Se podía adivinar que era él, aunque ya le faltaban trozos de piel en la cara. ¡Y sus ojos! ¡Dios sus ojos! Inyectados en sangre pero con la mirada perdida, indefinida. Pero parecía conocer perfectamente a Marcos. Este andaba hacia atrás con la barra de hierro bien apretada y en alto, en señal de protección. Horrorizado, no podía reaccionar. Vi que movía la cabeza de un lado a otro negando lo que estaba viendo. No lo podía creer.

Aquel ser mutante, que ya no era su hermano, seguía avanzando hacia él, dispuesto a destrozarlo. Me acerqué preparado para asestarle el golpe de gracia. En ese momento me di cuenta del motivo por el cual Marcos no le había destrozado ya la cabeza. Aún había algo de humano en él. Un gesto con la mano, y algo que balbuceaba que apenas era audible. Pero que

entendí a duras penas. Aquel ser pedía que acabasen con él. Que lo mataran, y precisamente se lo pedía a su hermano. Hice que Marcos reaccionara en ese momento y cuando quise darme cuenta, pude ver como destrozaba la cabeza de su hermano sin parar. Tuve que cogerlo del brazo. Aquello no era una cabeza, era un amasijo de huesos sanguinolento. Conseguí que parase. Marcos se sentó en el suelo sollozando.

Marcos, Antonio y yo estábamos preparados barras de hierro en alto esperando para morir en el intento, cuando de repente se abrió una puerta que daba al exterior y aparecieron más militares ucranianos. En ese momento empezaron a descargar ráfagas con sus Kalashnikov indiscriminadamente, destrozando a todos los mutantes. Pero vi como el japonés escrupuloso caía fulminado por fuego amigo. Pudimos escuchar un par de veces la palabra Priviet, que sabíamos que significaba hola en ruso, y lego solo decían ¡Davai davai! Entendimos que nos indicaban que les siguiésemos. Agarré la silla de ruedas y salimos detrás de ellos. Luego atravesamos la puerta que daba paso a la salida al exterior. Podíamos ver una valla metálica abierta y en ella estaba Tatiana, la guía, junto a otros soldados.

Fue una experiencia horrible. Cómo aquellos hombres y animales habían sufrido tal mutación debido a la radiación. En realidad allí había más radiación de la que nos habían contado. Aún seguía siendo un gobierno bastante hermético en cuanto a las cosas que pueden perjudicar la imagen del gobierno. Referente al japonés muerto por los daños colaterales, no se hizo ningún comentario. Era mejor callarse o tendríamos problemas hasta para salir del país.

Nos dijeron que debían de llevarnos a una sala para descontaminarnos. Nos reunimos con los demás compañeros de viaje. Desde luego nosotros nunca volveríamos a un sitio así.

-FIN-